

Tengo que distraerme del
cuento para poder regresar
al cuento por una puerta falsa
que me revelará
el final
del cuento



CRÓNICAS DE UN NARRADOR

PIERRE CASTRO SANDOVAL

LP5
EDITORIA

CRÓNICAS
DE UN NARRADOR

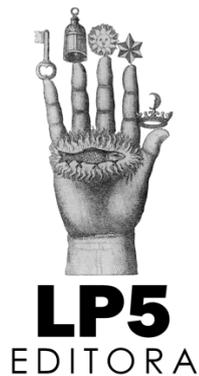
© CRÓNICAS DE UN NARRADOR
© Pierre Castro Sandoval
© Edición Digital, 2020

LP5 Editora
Colección Narrativa para descargar

Diseño de portada y maquetación de Gladys Mendía
Dibujo de portada y contraportada por Pierre Castro Sandoval

CRÓNICAS DE UN NARRADOR por Pierre Castro Sandoval
está publicada bajo la licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
4.0 Internacional License.

Fox Island, WA, USA, 2020



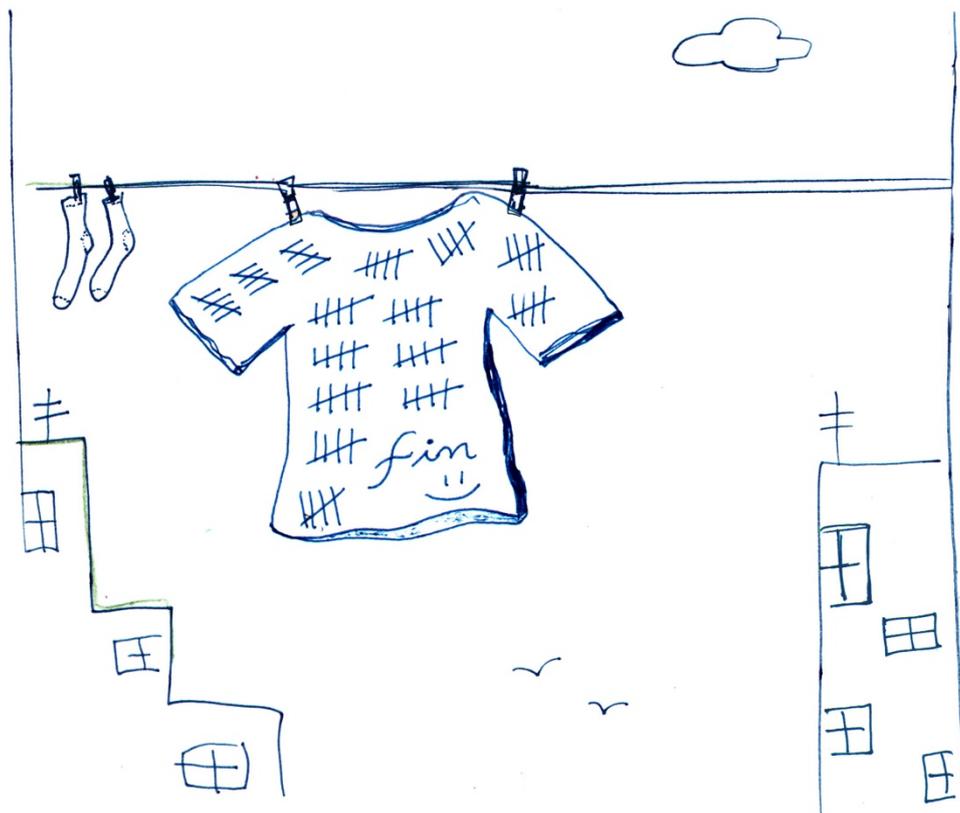
CRÓNICAS DE UN NARRADOR

Pierre Castro Sandoval

El polo de la cuarentena

Poco antes de empezar la cuarentena, cuando todavía podíamos pasear por las calles y gastarnos el sencillo en futilidades, pasé por una librería y me compré un kit de plumones para dibujar sobre tela. En otra tienda compré un par de polos blancos. Pensé que ya que sabía dibujar podría diseñar mi propia ropa. Con todo lo que vino después, nunca saqué los plumones de su estuche y los polos blancos se quedaron colgados en mi ropero. Mi vestimenta se ha reducido a las 4 o 5 prendas más cómodas que tengo y que lavo una vez por semana. Imagino les ha pasado lo mismo a ustedes. Ayer, sin embargo, vi la caja de plumones bajo la mesa de centro y la abrí. Saqué del ropero uno de los polos y escribí sobre el pecho: Cuarentena, día 25: Hoy hizo erupción el volcán Anak Krakatoa. Con el plumón rojo dibujé el volcán y la lava. Como pensé que era una noticia terrible, cogí otro plumón y escribí más abajo Día 26: Hoy vi Tiempos Modernos de Charles Chaplin y lloré como weón. Lo demás ha sido cuestión de ir recordando. Día 4: Nicole logró regresar a Arequipa camuflada en un camión de frijoles, le di mis cuentos de Bryce para el camino y una postal incompleta para llenarla cuando volvamos a vernos. Día 12: Avistamiento de delfines en el litoral. Día 9: Descubrí que tenía 120 soles ahorrados en monedas y fui al mercado por alimentos. Día 23: Aprendí a cocinar olluquitos. Día 20: El remix Contigo Perú, Contigo aprendí y Resistiré ya me tiene loco. Día 10: Insomnio. Día 17: Primera chupeta virtual con mis amigos. Día 3: Empecé a leer El Quijote, si no es ahora ¿cuándo? Día 17: Me he vuelto un adicto al Scrabble Online. Día 24: Vizcarra anuncia que no nos esperen en abril. Día 28: Murió el tío de un amigo cercano sin que nadie pudiera ir a despedirlo. Etc. etc. etc. He dejado los plumones y el polo a la mano para seguir llenándolo como un diario. A veces me imagino en el futuro usando esa huachafa camiseta por la calle. No me va a importar. Si salgo de esta, tendré muchos menos reparos para ser feliz con cualquier pendejada. Imagino que alguien -detenido junto a mí en un semáforo- la mira de reojo y lee sobre mi omóplato izquierdo: Día 1: Hoy vi el mar por última vez. Día 45: Se me acabaron las latas de atún. Tal vez al leer eso recordará también

cómo pasó la cuarentena. Quién lo acompañaba. Qué cocinaba por las tardes. A qué tuvo que renunciar. A qué amigos no volvió a ver. Qué aprendió de todo eso. Y cuando la luz cambie a verde y estemos a punto de volver a ser dos desconocidos en la ciudad, leerá sobre mi omóplato derecho la frase que también algún día escribiremos sobre esta historia: Día X: Hoy encontraron la cura.



El pote de café

Esta mañana se me ha terminado el pote de café. Al raspar los últimos granitos adheridos al fondo, he recordado el hermoso inicio de "El coronel no tiene quien le escriba" que Gabriel García Márquez consideraba su mejor novela. Tal vez porque al igual que su protagonista, él tampoco tenía qué comer mientras la escribía.

"El coronel destapó el tarro de café y comprobó que no había más de una cucharadita. Retiró la olla del fogón, vertió la mitad del agua en el piso de tierra, y con un cuchillo raspó el interior del tarro sobre la olla hasta cuando se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con óxido de lata."



¿Quién no ha hecho eso de raspar el fondo de la lata? ¿Quién no ha echado incluso un poco de agua caliente directamente de la tetera al tarro para aprovechar esa aromática brea marrón que se adhiere a las paredes? Alguna vez di una clase sobre este inicio. Vale más un buen detalle como el de la lata de café que decir: "Era un viejo muy pobre". El café podemos olerlo, podemos oír el sonido del cuchillo contra el metal.

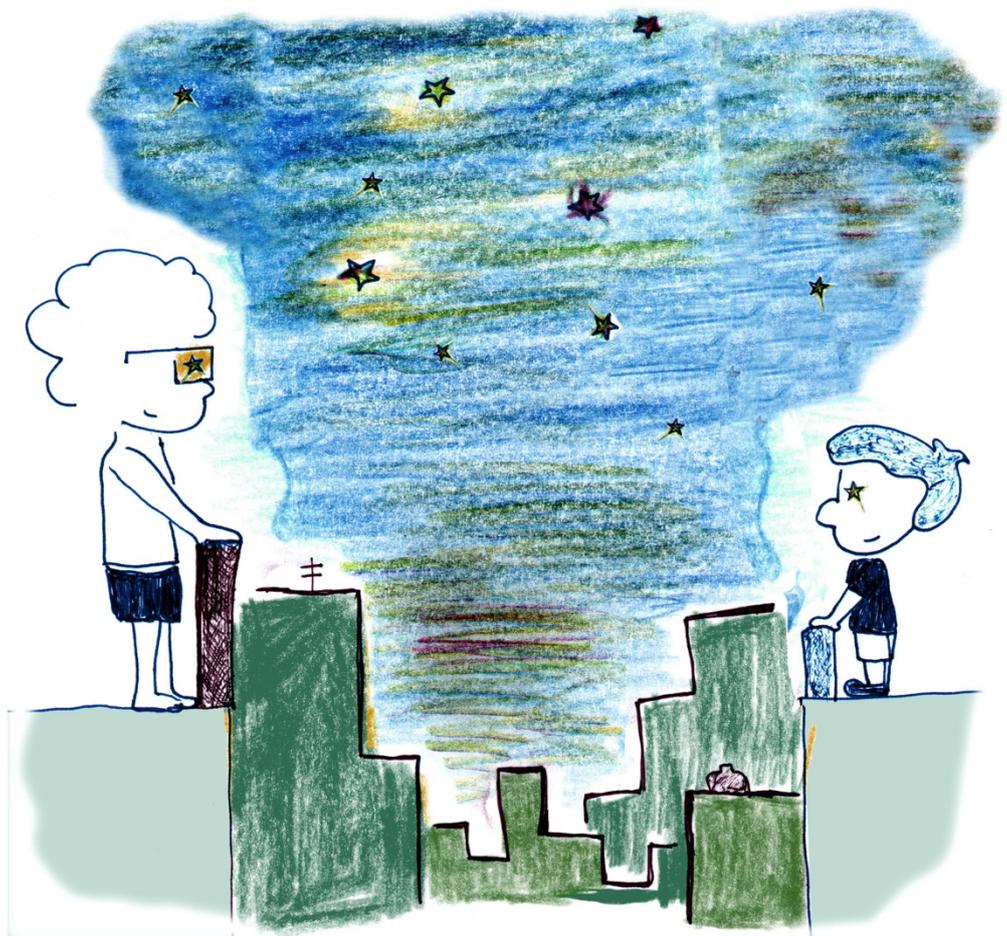
También se me podría haber acabado el aceite, las lentejas o las latas de atún, pero no es lo mismo. El café es la primera ceremonia del día. La primera pausa. El primer aroma al que uno se puede subir como se sube a un tren.

Para otros no será el café, será el olor del jugo de lúcumá, acariciarle la cabecita a su perro, la risa de sus hijos, la primera canción que se conectan a las orejas. Da igual. Ahora que los placeres se nos van desvaneciendo. Ahora que se cierran las posibilidades como negocios en quiebra. Ahora que tendremos que aprender a ser felices con menos, le paso la lengua a mi cucharita de café y me alegro al sentir que también adentro del pecho se agita esa otra cucharita, con la que aprendimos a raspar y raspar cuando ya le vemos el fondo al pote de la alegría.

Volátiles

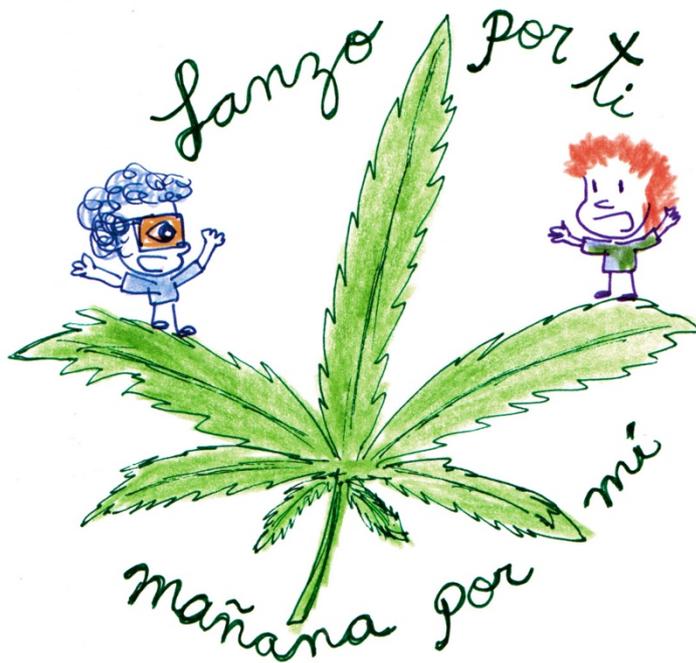
Son las 7:59 de la noche cuando empiezan a escucharse en mi calle los primeros acordes de “Contigo Perú”. No sé cuál de mis vecinos es el dueño de los alto-parlantes. Tienen buena definición y alcance. A veces estiro el pescuezo e intento rastrear el sonido del cajón, la voz del Zambo Caveró, la guitarra de Óscar Avilés. Parece que es en la otra cuadra, por donde venden alitas bróster. De todas formas, no importa mucho de dónde viene la alegría cuando es contagiosa como un virus. La gente empieza a asomarse a las ventanas, se encienden las luces, nos miramos las cabezas despeinadas. Van 8 días de cuarentena y contando. Cada vez son menos los que se asoman a aplaudir. Todavía menos los que se animan a cantar. Esta noche yo estoy leyendo echado en el mueble de mi sala y decido que ya basta. Que ya no quiero asomarme. Que prefiero seguir leyendo. Me paro a bajar las persianas y entonces lo veo. Está justo en el edificio del frente. Es un niño pequeño, mirando la calle desde su balcón. Está solo. Sus papás no han salido esta noche con él. Supongo que, al igual que yo, ya se aburririeron del protocolo y están adentro viendo una peli. No es un niño tan chiquito, tiene 7 u 8 años, es probable que ya entienda que algo grave está pasando. No aplaude, se sostiene con ambas manos de la baranda y observa. Tiene una expresión de incertidumbre, como una euforia con el freno puesto. Voltea la cabeza hacia ambos lados de la calle y finalmente su mirada se cruza con la mía. Yo tengo en las manos el cordel de la persiana que está lista para caer y devolverme a mi libro de Arthur C. Clarke. En la historia que he dejado a medias, un astronauta estudia -en un planeta lejano- los restos de una civilización aniquilada en unos segundos por una supernova. El astronauta descubre sobrecogido, así como yo también lo comprendí alguna vez, lo minúsculos y volátiles que somos dentro del Cosmos. Podemos desaparecer en un segundo, como las pelusas de un diente de león. Ya le ha pasado a otras especies ¿Por qué no podría pasarnos a nosotros? Algún día ese niño estudiará, leerá, se hará preguntas y -si no se vuelve un lector de Coelho y se compra eso de que el Universo conspira a nuestro favor- también lo descubrirá y perderá sus certezas. Tal vez

dejará también de tener ganas de aplaudir. Pero eso no va a suceder esta noche. Nadie debería descubrirlo a los 7 años. Así que enrolló mi mano en el cordel y tiro con fuerza hacia abajo. La persiana sube, abro toda la ventana y mis manos corren una hacia la otra repetidas veces. El niño se anima y también empieza a chocar sus pequeñas palmas. Nos quedamos ahí un rato, mirando la calle, la ciudad, el mundo que compartimos. Al rato ambos nos giramos y volvemos a casa, un poco menos minúsculos, un poco menos volátiles.



Verde como la esperanza

Ayer mi vecina del depa de al lado me tocó la puerta. Dijo que por la ventana le había llegado el olor de mi hierba. Me preguntó si no tendría un poco para venderle porque se le había acabado. Fui al cuarto a traer mi pote de vidrio y se lo enseñé. No quedaba ni para medio porro, pero igual saqué la mitad y se la di. Esta mañana me tocó la puerta. Traía -en una tapita de Nescafé- 5 moños como el que yo le había regalado ayer. Son para ti, dijo. Y se fue sonriendo. He recuperado la fe en la humanidad. Creo que sí vamos a sobrevivir al Coronavirus.



Dos soles de culantro

A propósito de los chistes sobre no saber diferenciar el culantro del perejil o el pimiento del rocoto, recuerdo que hace aaaaños cuando mi abuelo -el ñato- vivía, nos fuimos con él y con mi viejo a comer un ceviche. Fue en Talara y el ceviche de mero fresco estaba coronado por una rojísima rodaja de rocoto. Cuando el ceviche se nos fue acabando y empezamos a meterle cuchara a la leche de tigre, mi abuelo levantó también la rodaja de ají. *-Papá, eso es rocoto-* le advirtió mi viejo. *-Es tomate-* dijo mi abuelo. *-Caramba, papá, es rocoto, te vas a picar-*. Pero ya saben cómo son los abuelos, terrrco el csm. *-Ahhh, bueeeno-* dijo mi viejo sin quitarle los ojos de encima. Vimos entonces cómo se metía el rocoto a la boca y empezaba a ponerse colorado. Las gotas de sudor le brotaron asustadas de la frente y los pocos pelos que le quedaban sobre la pelada se le erizaron. Incapaz de soltarlo, mi abuelo se lo pasó de un cachete al otro sin saber qué hacer, hasta que por fin, al borde del infarto, lo escupió con todo y su dentadura postiza. *-¡Ay chucha, sí era rocoto!-* dijo y apuró su vaso de chela xD. Ptmre. Ese es uno de los mejores recuerdos que tengo de mi abuelo. Mi abuelo, de 80 años, aprendiendo a diferenciar frutos rojos como un niño. Dejen nomás que esos manganzones que tienen en casa vayan al mercado solos. Dejen que pidan 2 soles de culantro, que descubran que la papa amarilla es marrón y que el ají amarillo en realidad es anaranjado pero que también le dicen ají verde o ají escabeche. Dejen que el casero se cague de risa cuando pida zapallo y al preguntarle *-¿cuánto, casero?* Él responda *-deme uno nomás*. Véanlos volver a casa cargando un zapallo de 8 kilos y un atado de culantro como para sazonar 4 ollas de seco de cabrito. Déjenlos, carajo, que alguna vez también a ti te pasó lo mismo. En la escuela de la vida, todos somos niños todavía.



Cajón con G

Voy al Parque El Olivar a escribir¹. Porque en mi casa no puedo. Porque yo mismo me estorbo. Son las 4 de la tarde. Junto al estanque de los grandes peces anaranjados hay algunos banquitos disponibles. Escojo uno sobre el que no cae el sol. Estaciono la bicicleta y me siento. Todavía no he sacado la laptop de mi mochila, solo una vieja y gordísima edición de *Un mundo para Julius*. Observo a los niños que se asoman al estanque y señalan algo que se mueve *¡Una tortuga! ¡Mírala, mírala!* Sobre el puentecito arqueado, una pandilla de viejas en su segunda adolescencia se toma una foto grupal. *Oye, tú también tienes que estar* -le gritan a la que toma la foto -*Dale la cámara a ese joven*. Por suerte, el joven no soy yo. Qué bien se está aquí, pienso. Qué lindo estar de vacaciones. Lo único que me distrae es que cumplo con todos los requisitos para pasar por un gilazo: la camisa floreada, la bici, los lentecitos de marco grueso, el libro de Bryce junto a mi mano. En cuanto saque la laptop llena de stickers, voy a ser la estampa perfecta del hipster / modalidad: escritor en busca de inspiración / familia de los huachafos. ¡Pero qué chucha! Escribir aquí es otra huevada, otra huevada peee'. De pronto, veo a un viejo que viene trotando a una loseta por minuto. Está dando la curva peligrosa que lo separa de mi banquito. Trae fochas de maratonista en decadencia: zapatillas, bermuda multicolor, y un desteñido gorrito marca Adidas. Carga también una radio portátil con antena, de esas que usan los abuelos para sintonizar radios del inframundo, en la otra mano, una Fanta caliente a medio terminar. Con suerte, pienso, va a seguir su lenta maratón. Pero yo no soy un tipo con suerte. El anciano

¹ Pocos días antes de la cuarentena, una tarde como esta, me fui al Olivar a escribir. No pude hacerlo porque un viejito se sentó junto a mí y me hizo conversación durante dos horas. Decidí entonces que esa sería la historia que contaría. Lo intenté, pero no lo conseguí. Era una historia sencilla sobre ir al parque y conversar con un extraño, tal vez por eso no encontraba un conflicto decente, el corazón que le diera vida al relato. Sin embargo, ahora que ir a pasear al parque y conversar con otro ser humano son lujos que no podemos permitirnos, he podido sentarme y terminarla. No sé si bien o mal. Hay cosas como ir al parque, mirar a los peces o conversar con un desconocido, que solo nos revelan su magia cuando nos vemos privados de ellas.

se desploma en el extremo libre del banquito. Como decía Ribeyro “A mí los tullidos, los tarados, los pordioseros y los parias. Ellos vienen naturalmente a mí sin que tenga necesidad de convocarlos”. El abuelo huele a chivo y lo primero que hace es estirar la antena de su maltrecha radio y sintonizar una emisora de boleros. Está sonando “Mi viejo”, la hermosa y tristísima canción de Piero. Lo malo es que no la está cantando Piero sino un mexicano que no logro reconocer. Imagino que el tío está pensando algo así: Este chibolo weón, qué chucha va a saber de buena música, ahora solo escuchan la tusa, la tusa. Ya alguna vez me metí en problemas por una situación parecida. Viajaba de Sullana a Talara en un EPPO. En el asiento de al lado un señor llenaba un crucigrama. Lo tenía bastante avanzado, pero no lograba completar las casillas que salían de una extraña fotografía: un tipo con cara de extraterrestre. Era David Bowie en su versión de Ziggy Stardust y las arañas de Marte. Volteé a mirarlo y supe que el tío no la iba a chuntar. No pude contenerme. -*Es David Bowie* -le dije señalando la foto- *un músico inglés*-. Con ese alarde de sabiduría pop empuñé la tranquilidad del resto de mi viaje interprovincial. Después de rellenar las casillas, el señor quiso saber el apellido de mi familia, a qué me dedicaba y cómo se llamaba mi abuela. Conversamos el resto del camino y para cuando estábamos por llegar al terminal, ya casi habíamos firmado un contrato para que fuera mi representante literario en Talara y Negritos. Debí haber aprendido la lección aquella vez. Debí haberme quedado callado. Pero esta vez tampoco puedo contenerme: -*¿De quién es esa versión de Mi viejo?* Me escucho preguntar. Como si hubiera estado esperando la bola para batearla, el viejo contesta: -*Ahhh, es Vicente Fernández.* -*¿Pero la original no es de Piero?* repregunto. -*¿Quién? Vicente Fernández la cantaba con su hijo en una película, Mi querido viejo, buena película, carajo, ahora solo pasan cojudeces.* Googleo el título. La peli es de 1991. La canción de Piero es del ‘75. Pero no digo nada. Una quinceañera gordita en un vestido de fiesta morado se sube al puente de madera. Va escoltada por su familia y un par de fotógrafos que le hacen tomas desde la orilla. Sonríe nerviosa y se asoma al estanque. Sus ojos buscan algo, acaso la misma tortuga que perseguían los niños hace un rato. Pero la tortuga y la infancia se le han escapado. -*Es sencillo ser feliz* -dice de pronto el viejo mirando a la quinceañera y haciendo



una panorámica de todo el parque -no sé por qué los políticos se meten en tantas huevadas, mira tú... Humala, preso; Keiko, presa; PPK, encerrado en su casa con prisión domiciliaria; Alan, muerto con un balazo en el cabeza. ¡Y todo por qué? Por unos millones. ¿Quién tiene vida para gastarse 100 millones? ¡100 millones! Hay que ser abusivo. O como me decía mi hermano: "Cajón con G" Jeje "Eres un cajón con G", me decía él. Mira que venir a este parque es gratis, caminar es gratis, conversar es gratis. Y cuando quiero bailar con mi germita, nos vamos al club Apurímac en la cuadra 2 de la Brasil, nos pedimos una jalea entre los dos, bien servida, carajo, y bailamos toda la tarde. ¿Tú eres casado? ¿Ah? ¿no? Cuidado, ah, ya sabes que soltero maduro, jeje... Ah, tienes novia. Hay que escoger bien. De todas las germas que tuve en mi vida una era alcohólica y drogadicta. ¿Tú no eres drogadicto?, ¿no? Ah ya, parece nomás. Ella fue la que me regaló esta radio portátil. Yo le regalaba libros de Vargas Llosa, de poesía, de Agatha Christie, de Corín Tellado. Pero a ella lo que más le gustaba era cachar, carajo. Era como esa rubia de la película... ¿Cómo se llama esa de la chica que amarra al policía a la cama? ¡Esa! Claro, con Michael Douglas. ¿Él también se murió, ¿verdad? -No -le digo- se acaba de morir su papá, Kirk Douglas, a los 103 años. Michael está, tío, pero todavía actúa. -¿Ah sí? -Sí, tiene una serie sobre dos viejos amigos que se ayudan a lidiar con la decrepitud, debería verla. -Ah no, carajo, yo no soy de tomar esas pastillas que toman ahora ¿cómo se llaman? Sí, las azulitas. A mis 80 años todavía tengo balas en el revólver. Aunque la verdad es que ahora prefiero bailar o estar con mis nietos. Oye, tú traes tu computadora para trabajar aquí que es más tranquilo, ¿no? Ah, para escribir. ¿Eres escritor? Cómo es la tecnología, yo también tengo mi computadora para hablar con mi hija que vive en el extranjero. ¿Sabes que ahora existe hasta un aparato para hacer limonada? Mira, tú metes el limón partido por la mitad y luego solo tienes que apretarlo. También hay para naranjas. -Tío, no sea pendejo, el exprimidor debe ser más viejo que Kirk Douglas, le digo. -Ah, bueno, es que la manía de exprimir es vieja, pues. La vida te exprime, los políticos nos exprimen. Hasta nuestros futbolistas se consiguen unas potonas que les exprimen el pájaro y luego ya no saben ni dónde queda el arco jeje. Otras épocas eran las de Cubillas, Chumpitaz, Sotil, Cachito Ramírez. Aunque el Cholo Sotil también ganó más plata que político. Se fue a jugar al Barcelona y se compró

un Ferrari amarillo. Al final todo lo perdió. Facilito se va la plata. ¿Sabes cómo se llamaba antes el Sporting Cristal? Sporting Tabaco, porque era de los trabajadores de la compañía tabacalera que estaba en el Rímac. Recién a mediados de los 50 lo compró la Backus y se pasó a llamar Sporting Cristal. ¿Sabes a quién eliminamos en el 70? A Argentina, con 2 goles de Cachito Ramírez. Ah, no te gusta mucho el fútbol. ¿Qué te gusta, pues? -Contar historias. "Vivir para contarla", como decía Vargas Llosa. ¿Ah, no fue Vargas Llosa? No jodas. Bueno, tú eres el que sabe. Yo también leía bastante, ya te digo que tenía libros hasta para regalar, pero ahora lo que más me gusta es la música, por eso llevo siempre mi radio portátil. Ya está viejita, pero me ha durado bastante. ¿Qué habrá sido de esa fulana? Dice de pronto como quien lanza una piedra al estanque de la memoria. Luego se queda mirando las ondas en el agua, los peces anaranjados, los niños que siguen corriendo y las nuevas quinceañeras que vienen a sacarse fotos al puentecito. Al rato saca del bolsillo un saquito de franela, apaga su radio y comienza a guardarla en ese estuche. Parece que se dispone a partir. -Creo que ya me acordé de Piero -dice mientras se levanta del banquito y reúne sus cosas -era argentino, ¿no? Él cantaba Mi viejo, sí, ya me acordé, antigua es esa canción, ya debe ser abuelo también. Así es la vida. Un día eres el hijo y después el viejo de la canción eres tú, carajo. Pero quién nos va a quitar lo bailado. Ya después uno se muere nomás. Tanta vaina. Lo importante, como decía mi hermano, es no ser un cajón con G. No te olvides de eso. Ya te dejo para que escribas. Bien rápido se ha hecho de noche, ¿no? -Sí, le respondo. Pero no sé si estamos hablando del día o de la vida. Después lo veo irse lento, como perdonando el viento, cantaba Piero. Antes de alejarse, voltea y me echa una última mirada.

-Oye, si un día cuentas esta historia jeje hazme quedar bien- dice sonriendo

-recuerda que un día el viejo de la canción vas a ser tú.

Chorearle una sonrisa a un preso

El año pasado el Ministerio de Cultura y su proyecto "La libertad de la palabra", infiltraron entre los presos del Penal Sarita Colonia varios ejemplares de mi libro de cuentos *Orientación vocacional*. Un mes después me llevaron a mí. Esta es la crónica de una de las experiencias más bonitas que me ha tocado vivir como escritor.



Yo nunca había entrado a una cárcel.

Tampoco había estado en esta zona del Callao donde el Googlemaps no me sirve de nada, salvo para enterarme de que si me pierdo por aquí no sabré volver entero a casa.

Junto a la alta reja del Penal Sarita Colonia veo alineadas bolsas con víveres para los presos. Una de ellas es transparente y puedo distinguir lo que lleva. Pero no es necesario descifrarlo. Una hoja cuadriculada adherida con cinta scotch hace un inventario del contenido: 10 bolsas de cuates picantes, 10 bolsas de cuates sin picante, 10 bolsas de papitas lays, 10 paquetes de cheetos

“Hijo querido, aquí te mandamos estas cositas, esperamos que estés bien y que el Señor te proteja”

Las bolsas de víveres se quedan asoleándose, pero a mí me hacen pasar. Nunca he estado en un penal, sin embargo, los presos del Sarita aguardan por mí. Me fallan los pies. Recuerdo la escena de una de mis películas favoritas: Andy Dufresne entra esposado y con la cabeza gacha a la prisión de Shawshank. Los internos ríen y apuestan cuál de los condenados va a llorar primero.

¿Acaso yo voy a llorar? Sí, vas a llorar. Pero todavía falta.

Los guardias me conducen por los pasadizos salpicados de gatos que duermen sobre los jardines de la cárcel. Al igual que Andy Dufresne yo también soy inocente, es decir, nunca me han atrapado cagándola. Porque he robado. He robado y he mentido como todos. Pero sin ser descubierto. Mi único crimen público ha sido dedicar mi vida a inventar historias. Los internos del Sarita Colonia las han leído entre rejas. Han leído mi libro y ahora quieren conocerme. Están esperándome en el auditorio. Me han escrito un rap titulado El Orientador. Nunca nadie me ha escrito un rap:

*El orientador así le dicen
y nunca deja que los grandes lo pisen
es un maestro de la vida fatal
y en lectura ni para q' contar
es una máquina llena de sabiduría
desde pequeño su papá le decía
q' él algún día iba a comprender*

q' importante tenía q ser

Tiene su propio estilo no sean Atrevidos

O de Sarita los sacamos prendidos ♪

(continúa...)

Si mis amigos del colegio pudieran verme ahora tal vez no hubieran tirado mi mochila al techo. Si supieran que aquí soy el nuevo Tatán no le hubieran prendido fuego a mi carpeta.

Entro al auditorio y me veo rodeado por internos de baja, mediana y alta peligrosidad. Se acercan y se empujan para darme la mano. Hola Pierre, me dicen, qué gusto conocerte. El apretón de manos se convierte en un abrazo. Afuera eran presos, criminales. Apenas estoy junto a ellos son... son chicos, son adolescentes, son tan parecidos a mis alumnos. La mayoría ronda los 20 o 25 años. Chibolitos. La sonrisa aún les brilla en la cara, aunque al lado salte una cicatriz.

“Hemos hecho estos dibujos sobre tus cuentos, me dicen.

Veo papelógrafos pegados en las paredes del auditorio como en la función escolar del Día de la Madre. Solo que esta vez yo soy la madre. Ahí están Maicol, Manimal, Panzaloca, Luchito en llamas, Natalia B, mi amiga del colegio que quería ser actriz porno. Ellos la han dibujado, han soñado y se han pajeado con mi personaje entre las rejas del Sarita Colonia. Putamare, les digo y me agarro la cabeza. Y ellos se ríen.

Se me acerca un rubio de dientes afilados ¿Cuál será su crimen? ¿Pasar droga? Ha hecho una nueva portada para mi libro. *“Cuando leí tus cuentos recordé mi infancia.* Voy a responderle algo cuando el director del Penal me jala y me lleva hasta la mesa de la ceremonia. *¿No te falta tu billetera no?* Me pregunta cagándose de risa. Meto la mano al bolsillo y la siento ahí. Me jode que me haya hecho

desconfiar de ellos. Ni que estuviéramos en el Congreso, csm. Me pasa un micrófono. Tengo ¿80? ¿100 presidiarios delante de mí? Me siento como Johnny Cash at Folsom Prison. Todos guardan un respetuoso silencio. Ni mis alumnos de ISIL me prestan tanta atención. ¿Qué carajo les puedo decir? Puedes engañar a tus lectores hipsters del facebook, a tus alumnos. Puedes engañar a tus críticos. A un tipo condenado a diez años de cárcel no puedes mentirle.

Rosalina, la representante del Ministerio de Cultura que ha venido conmigo, dice: “El notable escritor Pierre Castro nos acompaña esta mañana”. Csmre, no me presentes así, qué palta. Pero ellos le creen y aplauden. Ellos no saben que afuera del penal soy un escritor chiquito, que los críticos nunca se acuerdan de mí, que todavía me cuesta terminar mis cuentos, que como decía Vallejo: quiero escribir y me sale espuma.

He presentado mi libro frente a mis amigos escritores, les cuento, lo he presentado frente a mi familia, he recibido premios de señores de corbata que me extendieron diplomas y jugosos cheques, y nunca me había sentido tan bien recibido como esta mañana delante de ustedes. Les hablo de pie. No puedo sentarme. De pie les cuento mi historia, mi infancia provinciana, el divorcio de mis viejos, mi llegada a Lima a los 13 años. La acabo en 3 minutos. Tu propia historia se vuelve una caricatura cuando tienes que contarla a tipos que han sido condenados a vivir encerrados en el culo de la ciudad. Prefiero que ellos hagan las preguntas así que suelto el micrófono.

-¿Todavía ves a los amigos que mencionas en tu libro, Pierre?

Al Necropedozoofílico lo veo todas las semanas, jugamos playstation. Ha puesto un restaurant con su novia: El Mesón de los Chukys, ahora es un hombre de bien que prepara choritos a la chalaca. Se cagan de risa. Si el Necropedozoofílico se ha reformado, todos pueden reformarse. Hay esperanza.

-Pierre, en tu libro tú les has puesto chapas a todos tus amigos del colegio, pero dínos cuál era la tuya.

Csmre, me cagan. Ya algunos periodistas me han hecho esa pregunta y siempre la he esquivado. A ellos no puedo negárselo. Trago saliva. Escuchen, les digo, cuando era niño yo era bien culón. Risas bajitas. A un pendejo se le ocurrió una palabra. Una palabra chiquita pero que se me pegó como un herraje a la vaca: Potito. Así me decían en primaria. Les falta barriga a los conchesumares para carcajearse. Parece que les hubieran dado la libertad condicional a todos. A la mierda, otra pregunta.

-Querido Pierre- me dice otro reo. Y esto que dice es lo que me quiebra, lo que me hace saltar las lágrimas. Pero mejor lo voy a guardar para el final.

Después de la ronda de preguntas empieza el show. Espío el cronograma que sostiene la señorita del Ministerio sentada junto a mí. Habrá rap, poesía, teatro, palabras de las autoridades, firma de autógrafos. Todo por un puñado de cuentos, maldita sea.

En el montaje teatral que han preparado y que es como una versión achorada de la escuelita del Chavo, recrean la historia de mi pata Kalolo y la de Manimal (el weón que en la primaria me contaba cómo cachaban las mantis y las arañas). También recrean el cuento de mi pata Alibabá, el terror de las loncheras. Uno de los presos me interpreta a mí. Es un gordito culón al que lo dejan varado con la cuenta. La historia de mi vida nunca mejor contada.

Después cae el telón, nos tomamos fotos, les firmo los libros, el rap, los poemas, los dibujos y ellos vuelven ¿A dónde? ¿A dónde mierda vuelven?

-¿Quieres conocer los pabellones del penal? Me pregunta el director. Pucha, no sé. Es decir, sí quiero, quiero saber cómo es una cárcel. Pero no quiero avergonzarlos. No quiero verlos encerrados cuando se han mostrado tan libres aquí en el auditorio.

Me conducen por los pasadizos interiores del Sarita Colonia. No es como lo había imaginado. Hay rejas y alambradas, claro, pero muchas de ellas están abiertas y los presos andan de un lado a otro como niños en el recreo. Es la hora del rancho. Una gran olla humea en el patio y un grupo espera con un plato entre las manos. ¿Qué toca hoy? Guiso de pollo con papa. Qué rico. ¿Alcanzará para mí? También tienen una biblioteca. Panfletos y libros de autoayuda. Yo les voy a mandar libros de verdad, les prometo.

-¿Entonces vas a volver, Pierre?

Antes de salir del Penal me dicen que tienen que pedirme algo, que si no acepto no hay problema, pero les alegraría mucho que aceptara.

-¿Quieres ser el padrino de nuestra promoción?

-¿De promo? ¿Estudian acá dentro? -Claro, me dicen, y este año acabamos la secundaria -¿Aceptas?

Padrino de Promo de los Reclusos del Sarita Colonia.

Esta no se la hizo ni Vargas Llosa, csm. Acepto al toque.

* * *

Llega el verano y el día de la ceremonia.

Rosalina y yo volvemos al penal en un taxi que avanza por la avenida Colonial. Hoy el sol brilla para todos. Les llevamos de regalo una caja de libros donados por el proyecto La libertad de la palabra y otro paquete que he armado con libros de mi propia biblioteca. Son novelas de las que me ha costado mucho desprenderme. Pero como son historias que suceden en una prisión, me ha

parecido justo regalárselas a ellos. No sé por qué, pero me emociona saber que alguien dentro del Sarita Colonia va a leer *La milla verde* de Stephen King.

¿Qué va a sentir cuando metido en su celda se sienta acompañado por John Coffey, el condenado a la silla eléctrica más bueno del mundo? Otro de los libros que llevo es *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas. Lo robé de la biblioteca de mi abuela. ¿Ya ven que todos somos choros? Ese no lo he leído aún, pero me hace recordar una escena en la que Andy Dufresne está armando la biblioteca de la prisión de Shawshank y le dice a otro preso *¿Sabes de qué trata este?* Trata de un tipo que se escapa de una prisión. Y el preso le responde: *¿Pucha, entonces deberíamos ponerlo junto a los libros educativos?*

En la ceremonia de su graduación mis amigos bailan para ministros y Autoridades. Marineras, huaynos y danzas amazonas. Liberan una paloma blanca que se niega a irse y se queda mirándolos desde un murito. También han formado una orquesta sinfónica, pero nada de Chopin ni Mozart. Interpretan diferentes canciones de Queen (parece que también se han quedado afanadazos con la película). Cuando sus tambores tocan *We will rock you*, las nalgas se despegan de los asientos y da ganas de ponerse a cantar con ellos.

Estos presos del Penal Sarita Colonia no se van a fugar. No van a atravesar estas rejas con un alicate sino con su diploma de secundaria y las ganas de no volver a entrar. Me pregunto qué siente un exconvicto cuando ve por última vez el penal desde la calle. Esa sonrisa. Ese calor del sol en la mollera. El sol debe calentar diferente afuera. Tal vez sienten un poco de miedo también. A algunos los espera un chibolito, a otros una esposa o una madre que ya no tendrá que hacer cola frente al penal para llevarles bolsas de Cuates y Cheetos.

También los espera Lima por supuesto. “Porque en todo Lima está la tentación que te devora -escribió Oswaldo en *Los inocentes*- Y el dinero. Sobre todo, el dinero, que hay que conseguirlo como sea”.

Pero sé que eres bueno...

* * *

Me despido de mis amigos del Sarita Colonia. La próxima vez que los vea tal vez nos crucemos en la calle. Antes esa posibilidad me hubiese aterrado. Ahora pienso que es bueno que los hombres nunca pierdan la oportunidad de redimirse.

Rosalina y yo salimos del penal, nos devuelven nuestro DNIs y teléfonos. No hemos podido sacar ni una sola foto, pero del ecran de mi memoria esta película nunca se borrará. Tomamos un mototaxi para salir del barrio, un bus para salir del Callao y finalmente un Beat que serpentea por la Costa Verde rumbo a mi casa en Barranco. Voy mirando el mar y pienso cómo será no poder verlo cuando te dé la gana.

Entonces recuerdo lo que me dijo aquel preso en el auditorio. Era un señor de unos 50 años, se había puesto de pie: "Tal vez no te des cuenta de lo valioso de tu trabajo, Pierre, pero no sabes lo difícil que es hacer sonreír a alguien dentro de estas paredes."

La frase me tira 10 años atrás. Estoy junto a Oswaldo Reynoso en una casona de Barranco. Vamos a presentar mi primer libro de cuentos. Mi papá y mi mamá han venido desde Piura. También están todos mis amigos. Y cuando Oswaldo recibe el micrófono dice esto: Hay una diferencia entre hacer reír a alguien y hacerlo sonreír. Lo primero es fácil. Luego toma mi libro y sonrío. A mi mamá le brillan los ojos.

El taxi se detiene en la curva de salida hacia Barranco, me despido y bajo para que ellos puedan seguir rumbo al Ministerio de Cultura sin desviarse. Hago el resto del camino a casa lateando. Incluso caminar bajo los árboles puede convertirse en algo maravilloso si has visto cómo sería que te privaran de ello.

Casi llego a casa. Camino por mi cuadra moviendo los dedos sobre un teclado imaginario. ¿Cómo voy a empezar a contar esta historia? ¿Cuál es la parte

importante? Recuerdo los gatos del penal, las bolsas de cuates esperando bajo el sol, las rejas, los guardias, la humeante olla de comida en el patio. Pero sobre todo recuerdo sus caras divertidas, los dibujos que habían hecho, ese instante de la obra teatral en que volvieron a ser chibolos y se lanzaron bolas de papel como verdaderos colegiales, esa pintura sobre una tablita de madera que me regaló uno de ellos diciéndome: “dile a tu editor que si quiere la use de portada para cuando reediten tu libro”. Recuerdo la graduación de esa mañana cuando les cambié de lado la borla en su birrete y me preguntaron si alguna vez iba a escribir algo sobre ellos.

Algunos poetas escriben, como decía César Calvo, “para que los hermanos como Ángel Avendaño no sientan tanto frío en las prisiones, y para que el general Velasco lea estas líneas y sepa que Avendaño sigue preso por orden de una culebra disfrazada”. Hay otros escritores, como Manuel Puig en *El beso de la mujer araña*, que con la historia de dos presos que traban amistad contándose las películas que vieron alguna vez convierte una celda en un cine. Otros como José María Arguedas o Reinaldo Arenas que con *El sexto* y *Antes que anochezca* pueden hacer que te dé miedo pisar un Penal. Hay otros más fatalistas que pueden hacerte sentir que el mundo entero es una gran cárcel y otros que, al contrario, parecen revelarnos que el alma humana puede ser libre incluso estando encadenada.

Y al final de esta larga cola estoy yo con mis cuentos en las manos. Pensando que de todos aquellos momentos en que sentí que mi vocación de escritor se confirmaba, como cuando le pude contar a mi papá que había ganado el Copé o cuando vi a un niño leyendo mi libro en la banquita de un centro comercial, o cuando al escribir una historia pude convertir un recuerdo triste en algo feliz, nunca había sentido tan claramente el sentido de mis mañanas frente al teclado hasta que un preso del Sarita Colonia me dijo que lo había hecho sonreír.

Las fotocopias



Durante todo el día de ayer -mi hermoso primer día de vacaciones- recibí notificaciones de mis queridos exalumnos que me etiquetaban, cagaos de risa, en una noticia que dice así:

“SE FUGÓ A CANCÚN CON EL DINERO DE LAS COPIAS DE SUS ALUMNOS”

¡Proferee, su caso! me dicen los conchesumares xD. Las primeras dos veces que lo vi me dio risa. A la tercera ya me reía, pero de costado como Terminator. Ahora ya estoy como Kathy Bates sacando el martillo en Misery. Y les voy a explicar por qué.

Imaginen esto -mis pequeños emisarios del Armagedón-. En mi cuarto hay un closet. En ese closet hay un cajón. Y en ese cajón hay una copia de todos los cuentos que alguna vez me emocionaron desde que tenía 17 años. Es el Anthology de 22 años de lecturas. Ahí están *Un día perfecto para el pez plátano* de Salinger, *De qué hablamos cuando hablamos de amor* de Carver, *La venganza de los malditos* de Bukowski, *El Ojo Silva* de Roberto Bolaño, *El muchacho que predecía los terremotos* de Margaret St. Clair, *Romper el cerdito* de Keret, *Papá Noel duerme en casa de Samanta Schweblin*, *Maleficio* de Marguerite Yourcenar, *Gato bajo la lluvia* de Hemingway, *Por las azoteas* de Ribeyro. Y también hay cómics: *Mafalda*, *Boogie el aceitoso*, *Inodoro Pereyra*, *PowerPaola*, *Persépolis*, *Maus*. Cada mañana, antes de ir a clase, abro ese cajón y me pongo a pensar: ¿Qué les llevaré hoy a estos velociraptos urbanos para que se emocionen y no me hagan rabiar?

No solo lo hago por ustedes, claro. Lo hago por mí. No saben lo divertido que es ver la cara de alguien que está leyendo POR PRIMERA VEZ: *Dejar a Matilde* de Alberto Moravia, *El lago de Bradbury* o *El amor es ciego* de Boris Vian. Ese maravilloso momento en que llegas a la línea final de “Con Jimmy en Paracas” y el papá pregunta: Manolo ¿qué quiere decir “bungalow” en castellano? ¡Cuántas veces el cuento que quiero leerles no está en internet! Y tengo que apretujar mis amados libros en el scanner. Abrirlos en dos como se abre de patas Van Damme en Kickboxer, con el riesgo de que se deshojen y mueran, tal como le pasó a mi vieja edición de *Lima en Rock* autografiada por el propio Oswald. Pero lo hice. Y lo hice feliz, para que ustedes conocieran a Cara de Ángel, al Príncipe, al Rosquita. Recuerdo que incluso lo scaneé a colores para que pudieran ver cómo ese libro de hojas amarillas fue escrito sin miedo en la década del 60, cuando ni sus viejos habían aprendido a pajearse.

Después me voy al instituto con una hora de anticipación (una hora que nadie me paga), hago la fila en la fotocopidora (la fila que ustedes no harán), espero, ayudo a engrapar, pago, y camino hacia el salón con un kilo de fotocopias en la mano. Luego debo pasar como un cobrador de combi entre sus asientos, esperar como pendejo a que saquen su billetera de Pucca, y cobrarles lo mismo

que yo acabo de pagar por las copias. Si alguna vez les cobré 1 sol por una separata que valía 0.90 lo hice para no llenarme de céntimos, lo mismo que cuando me costaban 1.20 y redondeaba para abajo. Eso sin contar que usualmente saco 30 copias y solo van 20 alumnos así que me regreso a casa con los tamales fríos sin vender.

Que alguien crea que un profe puede viajar a Cancún con el dinero de las copias solo confirma que los Comunicadores realmente son unas bestias en matemáticas y deberían suicidarse pronto.

El profesor de la noticia en la que me han etiquetado subió una foto en la playa a sus redes con una leyenda que dice: “Al fin un merecido viaje, quién iba a pensar lograrlo con una fotocopidora” xD Evidentemente es una broma. No se puede confiar en una noticia que te linkea a otra que dice “Perro intenta rescatar juguete durante la hora de lavado y se vuelve viral”. Queridos alumnos, no sé qué les enseñan en Fuentes de información. Pero me da miedo.

De todas formas, según la noticia, los papás del colegio han exigido que se haga una investigación al profesor. Y yo pienso: ¿Quién es esta gente loca que reclama por un sol de cultura y no por los mil dólares que paga por un celular nuevo que dentro de un año será obsoleto?

Miren, mis queridos pichones de pterodáctilo, yo voy a seguir fotocopiando y repartiéndoles cuentos, cómics y poemas. Voy a seguir haciéndolo porque tuve una profesora hermosa de Lengua que hacía lo mismo cuando yo tenía 17 años. Se llamaba María Lourdes Morimoto y llevaba unas separatas divertidísimas, salpicadas de cuentos de cronopios y tiras de Mafalda. Gracias a una de esas tiras (aquella en la que Manolito confunde la palabra Pichiruchi con Machu Picchu), yo aprendí que las palabras, además de un significado tenían un sonido, un ritmo, cierta suavidad o aspereza que se podía sentir si las pronunciabas con cuidado, como quien paladea un vino o huele un melón frente a la góndola del supermercado.

Quién sabe, a lo mejor si María Lourdes no llevaba esas separatas tan chéveres, yo no hubiese descubierto mi amor por el lenguaje y hoy estaría todavía

en una agencia de publicidad diseñando avisos para enyucarles celulares, autos o cojudeces por el estilo.

Ser su profe es una de las cosas más bonitas que me pasó en la vida. La verdad, es tan paja que lo haría gratis, así como gratis he escrito cuentos durante 23 años. Pero cuántas veces se me ha roto el corazón al salir del salón y ver una separata abandonada sobre una carpeta. La veo ahí tirada y me pregunto ¿No tendrán una novia o una mamá a la que regalarle esos cuentos? ¿No querrán leer esas historias nunca más? Luego la recojo y me la llevo, se la doy al señor de la limpieza o a la chica de las fotocopiadoras a quien a veces descubro espiando la separata.

Nunca he ido a Cancún y tampoco tengo ganas. La verdad es que la playa me llega un poco al pincho. Prefiero caminar por esas ciudades viejas y un poco detenidas en el tiempo que son como libros que nadie abre hace años.

No sé qué hacen con las separatas al final del ciclo. Imagino que algunos de ustedes las guardan con cariño o se las han regalado a un amigo. También sé que realmente no creen que los saqueo con las copias. Si me gustara el dinero no sería escritor ni mucho menos profe, dos de los trabajos peor pagados en el Perú. Si les conté toda esta historia, tampoco lo hice para reivindicarme. Sé que me quieren y que les gusta joderme. Siempre he sentido su cariño, tanto cuando me regalan un libro al final del ciclo como cuando me etiquetan en un meme.

Lo hice para que recuerden que, así como se pueden compartir memes también se pueden compartir cuentos, poemas y cómics. Y el día que lo hagan, van a formar parte de una de las costumbres más viejas de la humanidad: la de pasar historias de boca en boca, de mano en mano y -ahora con internet- de post en post.

El día que descubran el orgasmo cerebral que produce sembrar una emoción, una epifanía o una pregunta existencial en un corazón ajeno, se van a dar cuenta de lo poco que importan 50 céntimos o un sol y lo mucho que importan las palabras.

Se te va a parar el clítoris

Dicen que ahora la gente ya no conoce ni a sus vecinos. Pero esas son mentiras del capitalismo para vendernos porteros eléctricos y drones asesinos. En mi edificio al menos, nos conocemos bien. Y no es porque seamos locashos barranquinashos que se juntan en la bioferia del domingo a intercambiar recetas de quinoto. Es por algo tan sencillo como esto: la ventana de nuestros baños da a un tragaluz común que nos une a todos en un cague colectivo. Se oye todo. De modo que si a veces olvido el celular cuando ya tengo las nalgas puestas sobre el inodoro, puedo entretenerme escuchando esas conversaciones, que son como mi facebook vecinal. Y no es poca cosa, eh. Por ese tragaluz me enteré que venía de nuevo Kevin Johansen, que Vizcarra cerraba el Congreso (de la alegría hasta se me relajaron las tripas) y que Jennifer Aniston se había abierto un instagram y la red había colapsado. Como ese día sí tenía mi celular en la mano, le di follow al toque. Rachel siempre fue mi favorita. Lo único que falta para que todo sea perfecto es un sistema de botones que te permita sintonizar a tu vecino predilecto: el músico, el analista político, la chismosa. A los que yo más nítidamente oigo es a los nuevos del piso de abajo, una pareja de jóvenes latinoamericanos que acaba de mudarse. Por las voces, me parece que él es argentino y ella colombiana. Son re-divertidos. Hace poco estaba rasurándome con la puerta del baño abierta. Nicole leía echada en el mueble de la sala. De pronto los escuché conversar. Con la mano izquierda le hice una seña a Nicole para que se acercara de puntillas -¿Pero no la has visto, loca? preguntó el argentino. -¿Tenés que verla! Estaban hablando de una película. -¿Se te va a parar el clítoris! le dijo. Ella soltó una risita. -¿De qué trata, amor? preguntó interesada. -Mira che, no te la voy a spoilear, pero hay una frase, una frase que dice la mujer de la peli. Es tan brutal que le destruye la vida a su ex con dos palabras. ¡Te digo que se te va a parar el clítoris! A este punto de la conversación lo único que Nicole y yo esperábamos era que el argentino soltara el jodido título de la película. Nosotros también queríamos que se nos parase el clítoris. -¿El velo pintado! Dijo él finalmente. Ni yo ni Nicole la conocíamos. Pero como justo ese día teníamos

pensado ir al Centro, pasamos por el Pasaje 18 de Polvos Azules para comprarla en el stand de la Holy. Esa noche la vimos. Estuvo buena, aunque tampoco tanto. Le dimos 3.6/5 en el nuevo ranking de clítoris erectos. Tal vez mis vecinos tengan mayor facilidad para el orgasmo cinematográfico. Porque bueno, todavía no les conté esto, pero es que además de cinéfilos, son recontra cacheros. Y performáticos además. Les gusta coger bajo la fresca cascada de la ducha. De modo que de cuando en cuando los oímos a través del tragaluz. A mí me parece sano que la gente cache y que haga ruido si quiere. Pero a mis vecinos no les hizo mucho chiste. Mandaron un email a la Junta de Vecinos pidiendo medida con los "ruidos molestos" a mitad del día. Decía Ribeyro que las únicas veces en que la desnudez de los animales nos molesta es cuando sus actos se asemejan a los nuestros, por ejemplo cuando hacen el amor.



Tal vez escuchar a una joven pareja culear a mitad del día, les recordó lo poco que ellos lo hacen ahora, que ya se les está gastando la pilita erótica del amor. Me dio vergüenza ajena aquel email. ¿Cómo le vas a explicar a un par de jóvenes y candentes latinos que no pueden coger cuando se les antoja? A la mañana siguiente

el argentino respondió gramputeando respetuosamente a todo la Junta. Dijo que no entendía por qué en el Perú la gente no se ocupaba de sus asuntos y dejaba al resto en paz. *-¡Nunca he inclumplido una norma!* Dijo, *-solo quiero vivir mi vida, y lo mismo deberían hacer ustedes.* Puta, yo terminé de leer su correo y me puse a aplaudir. Me paré de mi silla y me paseé por todo mi depa levantando los brazos y diciendo: bieeeeeen, csmre, bien, carajo. La vaina es que de todas formas los ruidos eróticos cesaron, y de paso las recomendaciones cinematográficas. Tal vez a ella sí le dio un poco de pudor aquel infame correo. Imagino que ahora ya solo cogen en su cama y con las cortinas cerradas, como cualquier par de aburridos limeños. A veces por las mañanas mientras me rasuro o me echo una cagadita, me asomo al tragaluz y los extraño en silencio. Ellos nos recordaban a todos ese par de cosas que compartimos las personas felices: cachar y ver películas. Dos viejas costumbres que hacen que de vez en cuando se nos pare el clítoris. Y que dejemos de joder tanto a los demás.

La maravillosa historia de Canchita

y Roberta Planta

Tengo un amigo que tiene la cabeza como una olla de popcorn recién hecho. Le decimos Canchita. Si viviéramos en Brasil le diríamos Pipoca y Cabeza'e'cotufas si fuésemos chamos venezolanos. También podríamos haberle puesto Pochoclo, Poporopo, Poporocho o Pororó, porque el maíz reventado a fuerza de calor es uno de esos productos mágicos que cada pueblo americano quiso renombrar a su manera. Pero como nosotros nacimos en Perú, le pusimos Canchita, que suena más cariñoso y le hace justicia. Porque la verdad es que Canchita se hace querer, es un buen muchacho, esmirriado como una lagartija del desierto, solo come hojas de lechuga, recorre Lima en bicicleta y siempre te sonrío, si no con la boca, con el alma. Me hace recordar eso que dijo el negro Fontanarrosa cuando le preguntaron qué soñaba para su hijo: "Que sus amigos sonrían al verlo llegar" dijo. La huevada es que Canchita, además de tener el corazón noble y la cabellera como una olla de maíz reventado, también tiene el cerebro en pleno proceso de combustión, por toda la hierba que se fuma. Una vez, en medio de una fiesta en mi casa, desapareció y al rato lo encontré en mi cuarto a oscuras. Estaba sentado en el vértice que formaban las dos mamparas y miraba desde el piso 11 hacia la noche de Lima. Edificios luminosos y carros que atravesaban la Vía Expresa a todo dar. *-¿Qué haces, Canchita?* Le pregunté. *-Estoy manejando tu edificio por el espacio sideral,* me dijo. Su tórax se mecía suavemente y sus manos se aferraban a un timón imaginario. Viéndolo yo también empecé a sentir que mi departamentito de Diez Canseco era el Halcón Milenario, así que me fui del cuarto. Si uno se queda mucho rato junto a Canchita termina por contagiarte la ingravidez. Conversar con él es como tener un ácido en la lengua. Eventualmente todo empieza a ponerse extraño y maravilloso. Y hacía tiempo que yo no veía a Canchita. (Qué loco, escribí "Canchita" y el Facebook me sugirió que etiquetara su nombre real. ¿Cómo sabe Facebook que es a él a quien me refiero?) Bueno, la vaina es que he pasado meses sin verlo y de

pronto me suena el teléfono. Es él. *-Aló, Pierre, estás en tu jato?* Csm. Me cuenta que está en Barranco, a un par de cuadras de mi nuevo hogar porque acaba de salir de un Taller. *-¿Un taller de qué?* Acá en Barranco solo puede ser una de esas pendejadas para estafar tías recién divorciadas: Taller para alinear los chakras, Taller para bailar como la Rosalía, Taller para dibujar como Cherman, Taller para decirle a tus amigas que eres escritora. Pero no, no es nada de eso. *-Es un Taller para el Autocultivo de Cannabis.* Porque Canchita será pastrulo, pero también emprendedor. O sea que prende y emprende. *-Solo que hay un problema,* me dice. *-¿Qué pasa?* *-No puedo llevarme las plantas hasta mi jato pe'.* Canchita vive del otro lado del Rímac.

-Se van a maltratar con el viaje en combi ¿Puedes cuidármelas tú? Y aquí entra el segundo CSM de la historia. *-Ven,* le digo, *-ven y acá vemos.* A los 5 minutos llega Cancha con una gran sonrisa y 2 vasitos de tecnopor llenos de tierra húmeda. Un minúsculo brotecito verde asoma de cada vaso. Parece el niño que vuelve del Nido con su embrión de tomate recién germinado y se lo da a su mamá para que lo ponga junto a la ventana. *-Siéntate,* le digo. Le preparo un té de manzanilla y mientras tanto Canchita me explica cada cuánto hay que echarles agua (reposada previamente 24 horas) y cuánta luz debe caerle a los vasitos.

-Si puedes, les pones música de Air Supply para que se relajen. Adopción responsable pe'. *-Mira, aquí las voy a poner,* le digo y coloco los vasitos en la banquita de madera junto a la ventana. *-Aquí van a estar contentas.* Canchita me abraza y se va. Quién sabe cuándo volveré a ver a mi amigo. Al día siguiente despierto y me asomo a verlas. Bienvenidas a mi hogar, les digo antes de sentarme a escribir. Y desde entonces, cada dos días les echo un chorrito de agua reposada. A veces saco la guitarra y les canto canciones dulces como Puff the magic dragon o Bird on the wire. Realmente quiero que sobrevivan porque esta es la 3ra vez que tengo cannabis a mi cuidado y siempre he fracasado. La primera vez que lo intenté tenía 20 años. Vivía solo en mi cuartito de estudiante universitario y acababa de perder a mi primer amor. ¿Qué mejor momento para dedicarme a la horticultura? Puse la maceta en la cornisa de la ventana y le tiré las pepas que había guardado

de mi primera vez. Y empezó a crecer, maravillosa gobernaba los altos cielos de Los Álamos de Monterrico. Al poco tiempo una paloma puso sus huevitos encima de los brotes y después apoyó su emplumado culo encima de la maceta. Shuu Shuuu, palomita ¿Pero con qué cara podía desalojar a una futura madre en nombre del tetrahidracannabinol? La dejé nomás y me resigné, no sin cierta alegría, porque en esa época ya había yo empezado a comprender que me estaba convirtiendo en uno de esos hombres que cuando siembran marihuana cosechan pichones de paloma. Una amiga le apodó La paloma CEDRO en honor a su lucha contra la drogadicción y ahí quedó la historia. La segunda vez que lo intenté, años después, realmente lo intenté. Tenía unas pepas maravillosas porque entonces ya mi empleo me daba para sacar producto de calidad. Nada de roja ni ponzoña. Puro scan scanner caligrafía filistocopia lidoso. Fui hasta SODIMAC y compré una jardinera de 60 cm, tierra preparada, pulverizador de agua y toda la vaina. Entonces me ganó la soberbia. Todo orgulloso puse la jardinera en el pasadizo de la quinta como una vieja que saca sus helechos para poner piconas a las vecinas. La vaina es que no solo se pusieron piconas sino paranoicas y me las asesinaron. Así que ahora, esta vez, realmente quiero ver a estas crecer y florecer. Y crecen, causa. Por algo se llama hierba. Le basta que la dejes tranquila con un poco de agua y luz. Ya lo decía La Raza: *Pongo, pongo, pongo la semillita / Cada día con agua riego la hierbita / Crece sola y es natural / Por qué chucha me dicen que es ilegal/* Después de dos meses, una de las plantitas se ha marchitado y ha muerto, pero la otra, su hermana, alza sus hojas como una alta palmera y le da sombra a mi pequeña pantera de plástico. Al cabo de 3 meses, le han crecido 4 juegos de ramitas verdes como jóvenes iguanas. Y entonces, justo entonces, mi viejo me fonea desde Talara y anuncia que va a venir de visita a Lima. La CSMMM. A ver, mi viejo sabe. Claro que sabe, porque ha leído mis cuentos. Sobre todo ese que le dediqué y que se llama “Mi viejo en Facebook y un kilo de mandarinas”. Pero una cosa es que sepa que de vez en cuando me fumo un troncho (en la inexacta precisión de ese “de vez en cuando” se apoya nuestro tratado de paz) y otra cosa, es que vea un sembradío de macoña al llegar al depa de su primogénito. Así que digo: ni cagando, se va a loquear y va a tirar su calzoncillo al techo, como dice él. Déjala ahí, me dice un

amigo, acaso tu viejo la va a reconocer? Weón, mi viejo es Raúl Castro, ex presidente de Cuba, me va a estatizar la planta, tssss. Mi viejo ha dicho que llega el domingo. Así que el sábado por la mañana, un sábado como hoy, decido sacar la plantita del hogar. Sé a quién se la voy a heredar, por supuesto, tengo -además de Canchita- decenas de amigos drogadictos a los que quiero mucho. El único problema es que no sé cómo llevármela. A estas alturas del partido la plantita ya mide 50 centímetros de alto. No es poca cosa. Además tiene un olor potente y seductor como el último perfume de Paco Rabanne. Es una misión delicada, como cuando Miyagi y Daniel San trasplantan el bonsái al acantilado. Si pido un Beat el taxista va a olerla, se va a paltear y va a desviarse hasta la comisaría más cercana. Tengo que ir en mi bici, no hay de otra. Con mucho cuidado meto la maceta a un morral y me lo ato al cogote. Es importante que no se maltrate, que llegue radiante. Apoyo el morral contra mi pecho, el último brote de hojas asoma fuera y me hace cosquillas en el cuello. Tranquila, bandida, le digo, vas a estar bien. Put your head on my shoulder. Bajo por las escaleras para no cruzarme con mis vecinos hipsters, saco la bici del sótano y salgo pedaleando de Barranco. Nunca hasta ese sábado de mi puta vida me había dado cuenta de la cantidad de patrulleros y serenazgos que recorren las calles de Miraflores. Barrio pa' pendejo este. Me cruzo a una Pati en Reducto, a dos en Larco y al último serenazgo en el Parque Kennedy. He logrado sortearlos a todos como en una misión de Grand Theft Auto. Finalmente, la maravillosa avenida Pardo me protege bajo la fresca sombra de sus ficus. Recuerdo el nombre de una hermosa película iraní de Abbas Kiarostami: ¿Dónde está la casa de mi amigo? Y es eso lo que me voy repitiendo mientras pedaleo el resto del camino. ¿Dónde está la casa de mi amigo? ¿Dónde está la casa de mi amigo? ¿Dónde está la casa de mi amigo? Mi amigo vive con su novia en el Barrio de Ribeyro, entre el mar y la Huaca Juliana. Al llegar, ato mi bici a un poste y subo por las escaleras. Toco el timbre y me abren la puerta. Les he traído un regalo, les digo. Y entonces, como quien devela un monumento maravilloso, saco la planta del morral. La cara que ponen es todo mi premio. Es la cara del niño que ve por primera vez un avión en el aire. O para ser más preciso, la de Leo di Caprio en aquella escena de La playa cuando se encuentran con el sembradío infinito: "Csmre, eso es lo que yo llamo un

montón de marihuana” Qué Papá Noel ni qué huevada. Esta es la prueba definitiva de la amistad. -*Ya se me ocurrió hasta un nombre para ponerle!* Me dice mi pata que además es DJ -*En honor al rock la vamos a llamar Roberta Planta. ¡Dámela, drogadicto!* Me dice ella y la coloca junto a una ventana donde tiene al resto de sus plantitas no alucinógenas. Después nos ponemos a beber y a reír a carcajadas hasta que cae la noche. Al dormirme, sueño que la planta florece y nos conversa. En mi sueño la planta tiene la cara de mi pata Canchita que maneja mi edificio por el espacio sideral. -*¿Qué haces, Canchita?* Le pregunto. Y entonces Canchita se voltea hacia mí y me dice -*hago que mis amigos sonrían al verme llegar.*



Un lenguado de 400 kilos

Oe, ptmre. Uno de mis alumnos de Periodismo, el que está a punto de chorrearse a la bica como gorda por tobogán, escoge escribir para el trabajo final un PERFIL sobre su abuelo Gastón: un señor de 82 años que practica el buceo y la caza submarina. Es una buena historia, pienso mientras leo y mastico mi pan chapla. Por eso le perdono que me la haya mandado tarde, le perdono que sea un archivo rtf en vez de un doc (se le ha malogrado la laptop, dice el csm) y le perdono incluso que los nombres de las playas donde su abuelo pescaba estén escritas en minúscula: pucusana, punta hermosa, san bartolo.

De hecho, estoy tan metido en la historia en la que su abuelo pesca meros, cabrillas, rollizos "y otras bestias" como él llama a los pobres pescaditos, que sigo leyendo incluso cuando escribe que su abuelo "llegó a cazar un lenguado de más de 4 metros de longitud con 400 kilos". Dos líneas después la imagen del enorme pez me aletea en el cerebro y paro. Oe, aguanta ¿Cuánto puede pesar un lenguado? ¿Pa' cuántas porciones de ceviche rendirá un lenguado de 400 kilos? Alapucta. Qué rico.

Cierro el Word y abro el Google. Todavía no le he quitado el voto de confianza a mi alumno. No soy experto en ictiología. Vamos, tal vez sí hay lenguados gigantes. ¿O ustedes podrían negarlo a rajatabla? Les he enseñado que una de las cosas más importantes es corroborar datos, ahora es mi turno.

Pregunto: *¿Cuánto puede llegar a pesar un lenguado?*

Google me responde: "El lenguado es un pez blanco, de forma plana y de agua salada. Habita en fondos cubiertos de arena o lodo, dejando al descubierto sólo los ojos. Peso en la adultez: 1.6 kg, aunque se han visto ejemplares de hasta 9 kilogramos"

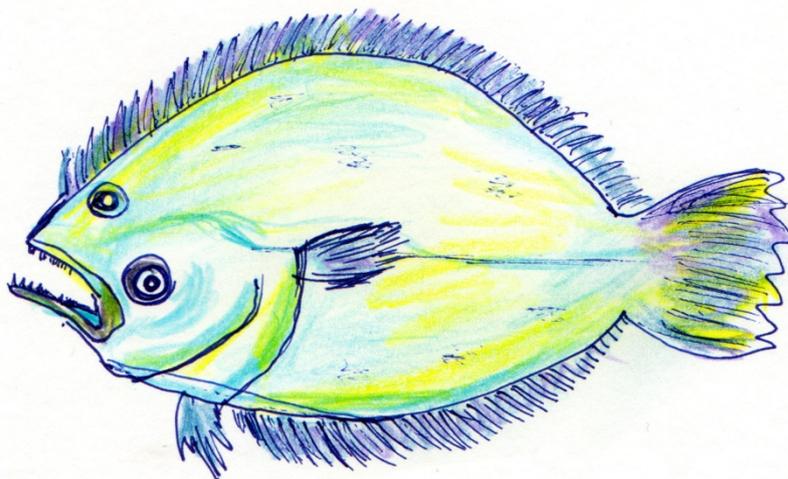
Conchasumare.

No lo quiero mandar a la bica. No le quiero desgraciar el verano. Entro a Youtube y tipeo: Lenguado gigante. Aparece un pescador en bividí sacando de la

orilla un enorme lenguado con la panza blanca. Es un pez grande y hermoso, pero el tipo lo puede cargar como si fuese un niño gordo. Pesa 12 kilos, el hombre lo muestra orgulloso, es una pintura. Otro vídeo dice: "Lenguado de 10 kilos arrastra a un pescador". Le doy click. Si un lenguado de 10 kilos tiene fuerza para eso, ¿qué puede hacer uno de 400 kg?

Un lenguado de 4 metros y 400 kilogramos tendría que ser como aquel lenguado del poema de Watanabe "A veces sueño que me expando / y ondulo como una llanura, sereno y sin miedo, y más grande / que los más grandes. Yo soy entonces / toda la arena, todo el vasto fondo marino".

Tal vez es mi culpa por llevarles tanta poesía, pienso. Tal vez la cagué cuando los mandé a leer a Hemingway. Yo quería que aprendieran de su novelita aquel estilo duro, ágil y directo como un gancho. Ellos aprendieron que hay peces de 400 kilogramos y que los viejos solitarios pueden pescarlos en los golfos.



El lenguado común (solea solea) es un pez plano que puede ser encontrado en los mares de aguas templadas. Suele alcanzar los 60 cm de longitud y unos 3 kilos de peso.

Ya no me queda más que jalarlo. Pero entonces recuerdo otra historia, una que me contó mi mamá. Es de la época en la que era secretaria en Serpetro y su oficina quedaba cerca al muelle de Talara. A veces los pescadores pasaban por la oficina a ofrecer pescado y su jefe siempre dejaba indicado que le dejaran uno o dos de la pesca del día. Cierta mañana el pescador pasó:

-Señora Mirtha, hoy tenemos pez espada ¿Querrá el jefe?

-Sí, señor, déjele para su cebichito

-¿Cuánto le dejo?

-Déjele un par, pues

Al pescador casi se le salieron las tripas de la risa

-¿Un parr? Señora Mirtha, ¿usté sabe de qué porte es un pez espada?

Mi alumno va a jalar el curso de Periodismo, pero en nombre de estas hermosas fantasías de peces gigantes -las de mi mami o las del Capitán Nemo atrapado en el Nautilus- no voy a ser tan duro con él. Tal vez no tenga futuro como periodista, pero quién sabe y le estoy dando la bienvenida al viejo club de los fabricantes de mentiras.

La historia va saliendo solita

Viajo a Talara para firmar unos documentos. Es un viaje violento, de ida y vuelta. Porque estamos a mitad de semana y yo debo volver para dictar clases. Llevo 2 polos, 2 pares de medias y 2 boxers en la mochila, pero nunca llego a cambiarme. Tomar una ducha significa media hora menos para conversar con mi mamá, así que me la salto. La limpieza puede esperar. Al amanecer me paso el día con mi viejo corriendo del banco al notario, del notario a la sunarp, de la sunarp al notario otra vez. Para colmo a las 2pm cierran el puente de Sullana y mi bus de Talara a Piura es el último que logra cruzarlo a tiempo. Al bajar corriendo del EPPD, escojo a cualquiera de los mototaxistas que jalan pasajeros en la puerta del terminal. Tengo 10 minutos para llegar a Cruz del Sur y emprender el regreso a Lima. Mientras corremos hacia su moto, el tipo me alcanza un casco ¿Un casco? Sí. No tiene un mototaxi. He contratado una moto lineal. Esto es “Rápidos y Furiosos” versión Churre, feat. Armonía 10 y Los piuranitos. *Cantinerooooo* 🎵 El casco además no me entra porque tengo cabeza de rottweiler.



Así que mientras sorteamos a toda velocidad piuranos, piajenos y camiones cargados de algarrobos yo pienso: Ya me morí, csm. Ahora sí me morí, como diría Javier Heraud: *entre pájaros y árboles*. O sea, entre gallinazos y matacojudos. Mientras veo pasar mi vida entera ante mis ojos y me despido del mundo, recuerdo uno de los pocos momentos de paz que tuve durante el viaje. Estoy sentado en la plataforma del BCP de Talara frente a una señorita que me abre una cuenta corriente. Como el sistema se demora en cargar, yo me distraigo posteando fotos de pacazos en mi Instagram. Pero cada que levanto la vista de mi cel, encuentro a la señorita echándome miradas furtivas. - *¿Usted a qué se dedica, joven?* Me pregunta por fin. -*Soy profesor, le digo, y también escribo cuentos.* -*Ahhh yaaa, con razón tiene esa cara de filósofo.* Ohyara ons. Será que no me he bañado, porque yo con lo único que estoy filosofando es con el cebiche de caballa que mi viejo me va a invitar donde El Zambón cuando terminemos los trámites. -*Gracias, le digo, sin saber muy bien qué estoy agradeciendo.* -*Tengo una niña de 4 años, me dice, no sé qué cuentos comprarle. El otro día le llevé uno de un osito que pasea por el parque con su abuelo. Cuando acabó me dijo Ya mami, pero ¿qué más?* -*Nada más, le dije, porque ahí acababa el cuento.*

-*Lo que pasa es que algunos editores creen que los niños son huevones y son más vivos que las arañas. Yo nunca leí un solo libro para niños. Deme un papel.* La señorita me pasa un formulario del banco que ya no sirve y empiezo a anotarle títulos: *Momo* de Michael Ende, *Matilda* de Roald Dahl, *El libro de la selva*, *Las crónicas de Narnia*, tal vez más adelante algo de Verne o de Stephen King, en ayunas y dosis moderadas. Me siento como un doctor escribiendo una receta.

-*Dele esto a su hija, todo va a estar bien.* Dieciocho horas después, mi bus llega al terminal de Javier Prado, 25 minutos antes de mi clase de las 9am en Miraflores. El taxista que me lleva a ISIL me ve inquieto. -*¿Tienes clase?* Pregunta. -*Sí, tengo que dictar en 20 minutos.* -*¡Ah, eres el profe! Claro pe.* Como ya han pasado 18 horas y más de mil kilómetros desde que me vieron cara de filósofo, este ya me ve cara de indigente. Por eso no me cree que soy profe. Pero resulta que no solo soy profe. Conversando descubrimos que soy el profe de su hijo. -*¿Y te hacen sufrir*

mucho? Pregunta riendo. -Tienen una ortografía que hace llorar, le digo, pero siempre es más chévere aguantar a un alumno que a un jefe. -Pucha, me dice, es que en esta época quién escribe bien. Ya nadie ya. Lo que sí me jode un poco, es que ahora solo hablan con jergas en inglés, no se les entiende nada. -Señor, sus hijos viven en una aldea global, para ellos el mundo está a la vuelta de la esquina, decir tweet, chat, post es como decir camote, perro, chaufa. -No sé, dice, nosotros antes también hablábamos con jergas, pero decíamos cosas en español. -Señor, no estamos en Madrid, el español también es un idioma extranjero. Ya cálmese y no sea tan viejo lesbiano. Ahí en la esquina me deja. Entro corriendo al instituto con mi mochila a cuestas, marco mi entrada en un aparato que me escanea la mano. Corro al baño a lavarme la cara y todavía me quedan un par de minutos para comprar un café y un caprese. Parado frente a mis alumnos me tiemblan las piernas de cansancio, pero veo sus caras sonrientes como de publicidad de yogurt y recupero el buen humor. Quisiera explicarles que no he dormido ni me he bañado en 2 días. Que lo único que quiero es irme a mi cama y morir una semana. Pero entonces pienso en sus viejos. Ese taxista que ya no entiende el idioma de sus hijos, esa funcionaria del banco que quiere encontrar un cuento que emocione a su hijita, así como a ella alguna vez la emocionó un cuento de Hans Christian Andersen o de los hermanos Grimm. Entonces saco mis plumones y empiezo a anotar algo en la pizarra blanca. No sé qué es. Estoy tan cansado que realmente no sé ni qué curso dicto. Son palabras al azar las que escribo. Pero a veces basta con empezar a poner algo. Luego la historia va saliendo solita.

Selfi

¿Alguna vez se han preguntado por qué los escritores salimos en las fotos con cara de que estamos frente al puesto de tamales decidiendo si llevamos uno o dos? Miren a Vallejo nomás. ¿Apagué la terma? ¿Serán los potros de bárbaros Atilas? ¿Seguirá asada Georgette? Les voy a contar el making off destavaina, porque justo ayer me citan de Planeta para hacerme una sesión. Son fotos para promocionar tu libro, dicen. Ven a la librería Book Vivant, dicen. A las 11am, dicen.

Así que yo chapo mi bici y voy. Pero antes me baño, me echo Old Spice y me pongo mi camisa tonera. Diez minutos después, pedaleo por Miraflores más contento que Carlos Vives en su vídeo, porque justo esa mañana mi libro entra a imprenta. Además, he salido a doble página en el diario y mi viejo está que compra todo el tiraje de Perú21 para repartirlo a mi familia en Talara. Y pa concha, en una semana empiezan mis vacaciones. Ya no se puede más gozadera. Me emociona además que los de Planeta hayan escogido esa librería, porque justo cuando llego y dejo mi bici estacionada al frente, recuerdo que ese era el parque al que hace 15 años veníamos con Gonza, Karen, Erika y Bruno en nuestros recreos de la escuelita de escritura creativa, cuando éramos jóvenes, cuando no habíamos publicado ni mierda.

Total, que entro a Book Vivant y ahí está Henry esperándome con su cámara. A ver Pierre, ponte acá, me dice. Siéntate ahí y haz como que miras libros. Dale.

Estoy sentado frente a la sección de autores que comienzan con H, así que los libros que tengo al frente son de Hornby y de Houellebecq. ¿Cómo chucha se pronuncia Houellebecq? Recuerdo un meme que decía que hay que pronunciarlo como si cantaras una canción de Ricky Martin: ♪ *Houellebecq, que sin ti la vida se me vaaa* ♪ xD Serán pendejos.

A Nick Hornby sí me lo sé de memoria. Hornby es el tipo de escritor que jamás va a salir en las fotos con cara de que no sabe qué cremas ponerle a su sanguchón. Aparece riendo o guiñando un ojo. Yo soy su feliz lector desde *Alta*

Fidelidad y 31 canciones. Lo seguí con *Un gran chico*, *Cómo ser buenos*, *Funny Girl*, *En picado y Julieta, desnuda*. Pero el que ahora saco del estante es *Fiebre en las gradas*, uno que he buscado y que recién ahora encuentro. Abro la contratapa para ver el precio y leo: *S/126 soles*. La conchadetutía, Nick Hornby.

Esa es la cara con la que salgo en la primera foto que me immortalizará. Cara de laconchadetutía. Luego me hacen otras tomas mirando al infinito y avistando pájaros inexistentes. Otra con cara de que quiero ubicar el nombre de una canción, pero justo he desinstalado el Shazam. Otra serio, como si acabara de recordar a todos los amigos que me deben libros. Hasta que Henry sonrío, le pone la tapita al lente de su cámara y me dice: *-Ya estamos, Pierre*.

Mientras pedaleo rumbo a casa, me digo: ¿será que una de esas fotos tan solemnes va a salir en la solapa de mi libro? Estoy seguro de que Henry es un gran fotógrafo y de que están buenísimas. El problema es que el sujeto retratado no se va a parecer a mí. Mis amigos van a abrir el libro y van a decir: *¿oe y este concha desde cuándo se peina? ¿Por qué no sale Boston -borracho y stone-?* Así que cuando un par de minutos después Víctor me llama y me dice *¡Pierre, tenemos que mandar la portada a imprenta ahoritaaa, pásame la foto!* Yo paro la bici en Angamos y le digo: *Putá, Víctor, las de Henry van a demorar así que usa esta que te mando nomás*.

La foto que le paso la tengo en mi cel, me la tomé hace un par de días. Aparezco sentado en mi alfombra al pie del escritorio donde terminé las 62 historias de mi nuevo libro. No es una gran foto ni tiene solemnidad o claroscuros, pero es honesta. Al rato me llama el gran Augusto, que está diseñando mi portada y me dice:

-Pierre, dame el crédito de esa foto, al toque pa ponerlo

-¡Es un selfi, Augusto!

-Ah yaaa

-Los millenials me han contagiado sus costumbres.

Como estoy cerca a Surquillo, decido pasar por una leche de tigre de 5 lucas en "Al toke pez". Avanzo entre las combis y recuerdo esas fotos de escritores

hechas por genios del lente como Baldomero Pestana o Daniel Modzinski. Recuerdo la pintura de Ribeyro hecha por Herman Braun-Vega que aparece en la portada de *Prosas Apátridas*. Y pienso en mi foto que dice: Selfi.

Csmre.

Hace unos días leía una entrevista que le hace Fernando Ampuero a Gabriel García Márquez. Hablan sobre la fama y el Gabo le cuenta que una vez le preguntó a Fidel qué es lo que más quería en la vida. Y Fidel respondió: *“Chico, lo que yo más quisiera en la vida es poder pararme en una esquina”*. En ese momento el Gabo se da cuenta de que es lo mismo que él quiere. Y es lo mismo que yo quiero. Escapar de la solemnidad.

Ahhh, por supuesto que quiero la fama, pero la quiero para mis cuentos, no para mi cara o mi nombre. Quiero que mientras mis libros pasan de mano en mano, yo siga siendo el tipo despeinado que monta bicicleta por Surquillo como Carlos Vives. Quiero seguir llegando hasta “Al toke pez” donde Toshi, que saltea mariscos en una gran sartén, me recibe sonriente con un vasito de chicha gratis y a mí -eso- me parece suficiente recompensa por todas las historias que escribí en la vida.





Pierre Castro Sandoval (Trujillo, Perú 1979)

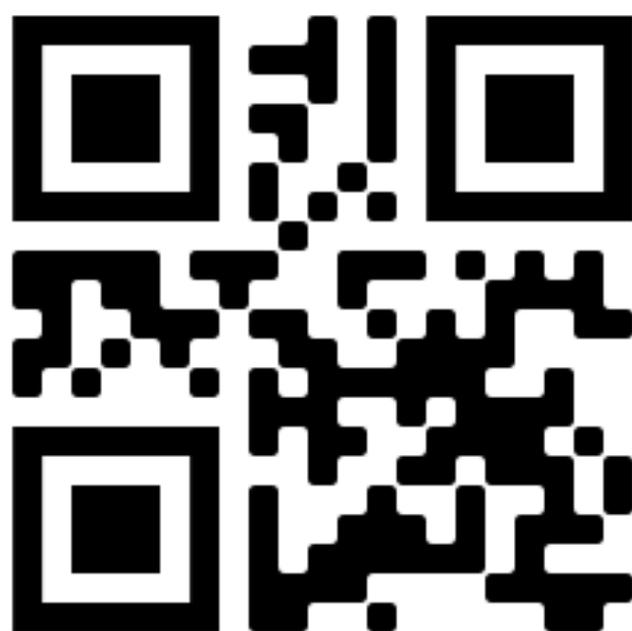
Ha publicado los libros de cuentos *Un hombre feo* (Borrador, 2010), *Orientación vocacional* (Paracaídas, 2015) y *Yo no quería escribir cuentos (solo quería conocerte)* (Planeta, 2019). En el 2012 ganó el Premio Copé de Plata con su cuento “El río”. Actualmente es profesor de Guión y Escritura Creativa en el Instituto San Ignacio de Loyola. Pueden leer más historias en su blog <http://huesohueso.blogspot.com/> o buscarlo en Instagram como: manongosterne.



<http://lp5.cl/>

<http://lp5blog.blogspot.com>

<https://lp5editora.blogspot.com/>





LP5
EDITORIA

NARRATIVA PARA DESCARGAR